

seo o cosías trajecitos de baile. En esos días sacamos los álbumes de fotos y nos reímos de los peinados estrafalarios de las tías, la vez que tío Mono le pegó a la abuela y no a la piñata, cuando papá vivía. Hay otros en que nos contamos cosas que creíamos olvidadas; tú porque no estabas, ocupada de voces y presagios, poblada como estabas de minas y cardos; y yo porque también estuve ausente en espera de este tiempo calmo en que duermen los demonios de tu cabeza y yo me he librado, por ti, de los míos. No por ello eres menos mía, menos mi madre; nunca es ajeno mi hilo de tu madeja.

LILI MENDOZA. Nacida el 15 de enero de 1974 en la Ciudad de Panamá. Licenciada en Mercadeo y Publicidad. Realizó estudios de Danza en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Panamá y en la Escuela Nacional de Danzas del INAC. Dirigió el programa radial "La Hoja". Ha formado parte del taller de cuento de Carlos Oriel Wynter Melo, y publicado electrónicamente en "Duende gramático" y "Minitextos", así como en el diario La Prensa y en la revista Maga. Aparece en las publicaciones colectivas "Taller de escapistas" y "Punto de Encuentro". Ha publicado un libro de cuentos: **Corazón de charol, a-go-gó** (Panamá, 2009).

Cuatro minicuentos de Benjamín Ramón

Susita

Nunca te había visto así, Susanita. Ya no eres la de antes. Ya no sonríes. Tus ojos ya no brillan como antes. Te vi cuando gritaste y no lo creía. Despeinada, ojerosa, sucio el traje y en chancletas. ¿Eras tú, Susana? No podía creerlo.

Hacía más de un año que no te veía por la calle, como acostumbrabas: con Cariño a tu lado, caminando contigo haciéndote compañía, calladamente. Tú limpia y risueña, tranquila; él también. Callados los dos. Así los recuerdo. Hasta llegué a pensar que a lo mejor habían muerto, desaparecidos, la noche amaneciendo 20 de diciembre. Que a lo mejor dónde los gritos y el fuego te habían sorprendido esa noche cansada de andar vendiendo flores como hacías antes.

Eran hermosas tus flores, Susita. Eran como tú. Claro que la vida alrededor no lo era. Pero tú vendías flores y sonreías. Y en medio de la miseria que respirábamos, tus flores y la belleza que había en tus ojos bastaban para no desmayar. Para soñar otra vez.

Cuando vivías en Colón hace años eras alegre y sola. Aún no andabas con Cariño ni tenías edad de vendedora. Sí recuerdo que te conocías la ciudad y La Playita como nadie.

Creciste y te mudaste a Panamá y no supe de ti en años. Casi había olvidado tu nombre. Yo también me casé y abrí una sastrería en la Central. Por allí te vi cruzar un día la calle, con Cariño amarrado, y sin importarte los gritos de los taxistas groseros. Llovía pero a ti no te importaba. Ibas risueña y sola, cargando vida, pobre pero limpia y contenta. Sin complicaciones. Aunque los periódicos publicaban

fotos y noticias de crímenes y desaparecidos, golpes y contragolpes, soberanía y democracia, pueblo y oligarquía, tú ni te enterabas, Susa. Tú tranquila; tú con Cariño a tu lado.

Hasta esta mañana cuando te oí gritar: ¡No me toques desgraciado!, y no creí que fueras tú, Susanita, gritándole así a un pobre muchacho mandado. Habías entrado a la cafetería y te habías tomado tres vasos de agua, parece mentira, y al patrón no le gustó (¡Coño todos los días hace la misma vaina!) y mandó al que limpiabas las mesas a que te sacara.

-Señora, por favor

-Señora tu madre, yo soy señorita

-Por favor

-¡No me toques desgraciado!

-Señora

-No me toques. Que no me toques

No podía creerlo. Era ella. Era Susita. Manoteaba. Derramó el agua del vaso. Gritaba como loca. Tiró el vaso al piso. Otro sin oficio que se tomaba un café a mi lado dijo: Está loca. Y se reía. Tiene la luna arriba, dijo. Ella seguía diciendo: No me toques. Yo bajé la cabeza cuando me pasó al lado, hacia la salida, chancleteando, hedionda a vieja sucia, abandonada.

Árbol, mediodía

"...recuérdeme alguna vez"

R. F. R.

Yo sí me acuerdo. Mamá recogió la semilla, la limpió y me la dio a guardar. Me dijo; guárdala que cuando lleguemos a la casa la sembramos.

A lo mejor por eso es que recuerdo. La recogimos -oscura y sucia- un día domingo junto a la playa, en abril. La tuve -caliente, suave- en mis manos toda esa tarde, mientras regresábamos.

Ese mismo día ya de noche la sembramos, todos contentes, esperanzados.

Luego poco a poco, sin darnos cuenta casi, rompió tierra y apuntó sin miedo hacha arriba. Todas

las tardes yo le veía tomar cuerpo mientras le echaba agua cuando el sol ya no quemaba.

Papá desde la casa de pronto lo vio asomarse a la ventana. Ahora de vez en cuando quitaba los ojos del libro y también lo veía crecer lentamente.

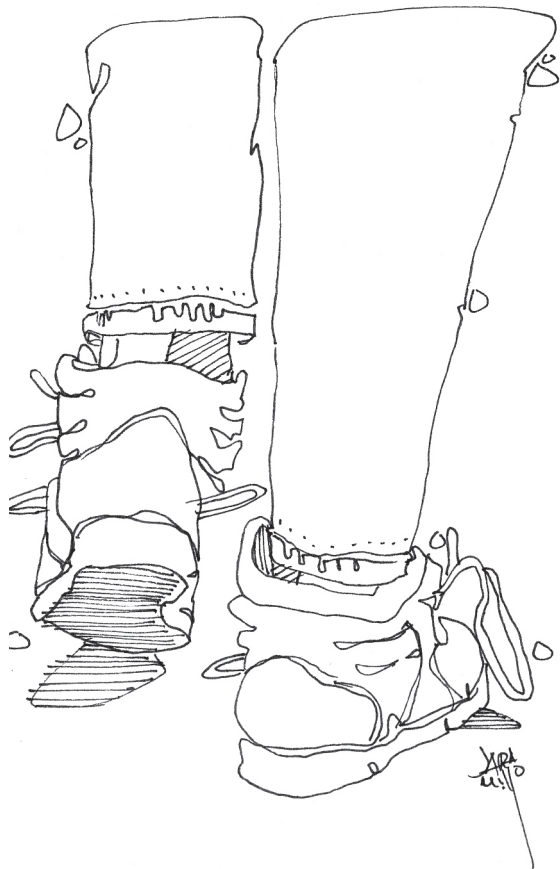
Hoy el almendro llena la ventana del frente, del lado de la casa de Monipodio, por donde muere el sol. Es ancho y fuerte. Todos los años llena la acera de hojas secas y semillas amarillas, como la que un domingo hace años recogió mamá en la playa y yo cuidé, sin sospecharlo.

Papá no está ya con nosotros. Pero la sombra del almendro al mediodía nos lo recuerda y parece que estuviera allí, en la casa, desde la esquina donde solía leer a Martí, recuerdo. Todavía me acuerdo cómo lo miraba crecer y cómo se le humedecían los ojos.

Hablando solo

Subió al bus (sí, era él) y saludó a Andrés pero él como si nada. Se sentó al final, al lado de una gordita de rodillas y Andrés allá dos o tres asientos como que hablaba solo: movía la cabeza, los hombros; gesticulaba con la mano apoyada a la ventana, como preguntándose, como diciendo sí, como negándose movía la cabeza de un lado a otro.

A la vuelta el bus se detuvo y el que iba al lado se bajó. Pensó cambiarse y saludarlo pero anda hablando solo, qué le habrán hecho pobre muchacho preso todo un año, uno no sabe. Una chiquilla subió y se le sentó al lado. Lo volteó a ver. Se apartó un poco. Andrés ahora se rascaba la cabeza se miró las uñas volvió a apoyar el codo en el borde de la ventana cerrada. Golpeó el vidrio como descubriendo que estaba cerrada la ventana. La chiquilla (de unos 17, rubia oxigenada, en pantalones tetoncita) lo miraba. Andrés hizo por abrir la ventana, bajar el vidrio. No pudo. Golpeó el vidrio una, dos veces, lo intentó otra vez pero no pudo.



El bus corría ahora Avenida B hacia abajo Sal-sipuedes Cinco de Mayo sin detenerse, lleno. Banderas por todos lados, colgando de todos los balcones; banderas y Viva el 3 de Noviembre en azul, rojo y blanco.

En la parada del mercado el bus olía a tripas, mandarinas, marañón pidió parada parada! y se bajó. Andaba sucio, la camisa por fuera se bajó. Ey le gritó el chofer pero anda hablando solo, qué le habrán hecho preso todo el año. Andrés no se detuvo los ojos rojos despeinado un bolsillo de la camisa lleno de lápices amarillos.

La espera

Eran las seis y veinte. Oscurecía. Despertó sobresaltado se levantó y fue hasta el comedor. No, no estaba. No había llegado todavía. Encendió el televisor U THANT OPTIMISTA acuerdo para poner fin a la lucha LOS TUPAMAROS, DICEN con gases lacrimógenos.

Dónde estaría? En la mañana habían desayunado como siempre apurados para irse a trabajar. Sí notó que estaba demasiado callada. No hosca, no. Callada nada. Como si sospechara.

Durante el día, trabajando, pensaba y repensaba en cómo decírselo. Estuvo tentado de llamarla (no sería mucho más fácil llamarla y decirle: Isabel, pero entonces ella contestaría con la vocesita de años, ¿qué haces?, como si supiera exactamente la respuesta y no podría, qué va) pero no podría. Bastaría con que ella le contestara y la oyera viéndola allí detrás del escritorio frente a su máquina junto a la ventana por donde mira el mar, para que no dijera nada y le hablara como todos los días casi a la misma hora.

Todo el día fue lo mismo.

Luego, cuando llegó a la casa y se acostó un rato, se quedó dormido. Tengo que decírselo, pensaba. No estaba bien tenerla engañada mucho más, no es justo. Dónde estaría, ya es hora de que, pero se quedó dormido a lo mejor apenas unos minutos y despertó sobresaltado. Se asomó a la cocina. No, no estaba. Encendió el televisor U THANT OPTIMISTA, sí, tenía que decírselo enseguida, y se sentó a esperarla.

*Tomados de: Benjamín Ramón. *Contra reloj*, Panamá, 1992.

BENJAMÍN RAMÓN. Colón, 1939. Fue director y editor de la revista cultural "Camino de Cruces". Ha publicado en la revista "Maga". Poemarios: **Esta ciudad que mata y otras alegrías** (1969); **Putá vida y otros poemas** (1969); **Camión** (1972); **No trespassing** (1974); **El mundo es más que el hombre** (1977); **Árbol, mediodía** (1983); **No olvidemos y otros poemas** (1997); **Música sabida** (2001); **Otro territorio** (2007). Cuentos: **Contra reloj** (1992).